



EL ORIENTE

PERIÓDICO LITERARIO, CIENTÍFICO Y NOTICIOSO

AÑO I.

Mercedes, 5 de Agosto de 1905.

Número 10.

Director: *R. Alberto Cendón*

Se imprime en los talleres de la
Tipografía Cabanelas

APARECE LOS DÍAS 5, 15 Y 25

Advertencias

Los artículos de interés general, se publicarán gratuitamente y se regirán por la tarifa del periódico los de interés particular.
No se devuelven los originales.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Mensual	\$ 0.25
Número suelto	0.10
Idem. atrasado	0.15

EL ORIENTE

Luz y tinieblas

¡Cuán grande es el alcance del pensamiento humano!

Sin embargo, cuando vagando en la inmensidad de sus regiones se pierde en las tinieblas de lo desconocido para buscar el origen de las cosas, tan pequeño resulta su poder como inútil su tentativa.

Sin un rayo de luz que razgando esas tinieblas le señale un camino, perdido en esa región inaccesible para la ciencia, el pensamiento retrocede y retrocederá siempre confundido ante un caos de misterios.

Cuántas veces buscando ese secreto en la naturaleza, creyó haberlo sorprendido revelado en el mudo lenguaje de esta; pero al penetrar después más allá, al raciocinar profundamente, se halló que lo que creía una causa era solamente, un efecto. Entonces tal vez comprendió que solo los efectos de esa causa única y desconocida estaban a su alcance. Hubo de declararse impotente pero no vencido; dotado de una constancia y de una audacia sin límites,—no ha desmayado nunca, de nuevo ha penetrado en la misteriosa región y ha retrocedido sin más conocimiento que el de su error, sin más conquista que la confusión, sin más resultado que la nada.

Caprichoso pensamiento, quiere poseer lo que no le es dado alcanzar, quiere llegar al infinito cuando sus dominios por inmensos que sean son limitados. He aquí exclaman los filósofos, el grave error de la ciencia del hombre.

Pero consideremos al pensamiento apartado de su error, veámosle amparado por la ciencia maniobrar en el dilatado campo de su acción y digamos si alguna de sus tentativas no ha alcanzado los fines que perseguía.

Vanguardia de la ciencia, lucha, el primero contra la adversidad; errante como una ilusión del alma en el proceloso mar de su destino, tan pronto se remonta a las altas regiones para inundar el mundo de los astros con la luz de la ciencia, como descendiendo sobre la tierra, sorprende en medio de su análisis los tesoros que la naturaleza ha ocultado durante largo tiempo.

A él sólo le es dado atravesar la sólida muralla de los siglos y perderse en las tenebrosidades de la noche del pasado, para leer en los antiguos monumentos la historia de las generaciones muertas y traducir en el libro de la naturaleza la historia de sí misma.

El solo traspasando los dominios de la ciencia, ha razgado las tinieblas de lo desconocido para dar paso a los últimos destellos de su luz.

Sólo él poseedor de ese poder supremo que le da alas suficientes para remontarse y recorrer con indefinible velocidad los espacios, ha podido transformar el estado natural del hombre, hacer de la la humanidad la obra culminante de la naturaleza y dotarla de esos conocimientos que llamamos ciencia, arrebatando poco a poco de las profundidades del abismo de los misterios, los secretos que la naturaleza se esfuerza en ocultar, para hacer más grande y sublime la obra de ese autor, oculto más allá de los dominios del pensamiento, en las tenebrosidades del infinito.

JOSÉ CARDOSO (HIJO)

INGENIO

Érase un hombre que tenía mucha hambre y necesidad, y poco dinero. El vivía en el campo en un rancho muy malo. Un día en que su escuálido estómago protestaba ruidosamente de vacío se le ocurrió que sería muy agradable comerse al asador una de las muchas y muy gordas ovejas, de un rico estanciero vecino suyo. Y en efecto, al llegar la nocheita se puso en marcha, con un cuchillo en la cintura, dispuesto a carrear el lanudo animal que mejor hablara a las ansias culinarias de su vientre lleno de aire. Alumbra la Luna, y ruido sólo hacían los grillos en las hierbas y en los musgosos charcos las ranas. Embriagado por lo bello del paisaje, poéticamente alumbado por el astro de la noche, y por lo placido de la calma, aturdido por las suplicas del hambre que a gritos pedía libertad, el hombre del rancho al encontrarse entre el rebaño ageno resolvió sin darse cuenta, arrear con una porción de ovejas, en vez de una como tuviera en proyectos. Y sucedió que nada desbarató sus planes; pues al otro día, y al siguiente, y al otro, y varios después estuvo comiendo del fruto de su hazaña, y hasta tuvo tiempo de sacar algún dinero a costillas del mismo.

Mas, como todo lo ve Dios con los ojos de los hombres, resultó que el estanciero robado se dio cuenta del daño en su majada y no le costó mucho desconfiar de su vecino, pues conocía lo necesitado de su físico, por lo que poco después, y luego de confirmadas sus sospechas, hizo dar con él en un oscuro calabozo. Sin embargo faltaba aún que el Juez oyera al delincuente, que no por ser éste un hombre de escasa representación social y porque cometiera, como estaba casi probado, su robo envuelto por los plateados rayos de la Luna y halagado por el melancólico graznar de las ranas, esto es, poéticamente, no por eso decía, se le había de condenar sin antes haberle escuchado. Y el Juez le llamó a su presencia; y luego de algunas vueltas de hoja, y de mirar fijo después al acu-

sado, el docto en leyes dió comienzo al interrogatorio:

—¿Cómo se llama usted?—dijo.

—¡Béee!—obtuvo por respuesta.

—¿Qué es eso? Le pregunto cual es su nombre?

Y otro débil balido, apenas perceptible fué la segunda contestación a la pregunta segunda.

—Bien,—dijo el magistrado—y dirigiéndose a uno que está con una pluma cerca suyo; vaya anotando—y al presunto ladrón.—A usted se le acusa de un robo de lanares: ¿lo ha cometido Vd?

—Béee! béee!—hizo el acusado, impasible, maquinalmente, cual si tuviera una oveja en su interior.

—¿Usted se rie, usted se burla de la autoridad?—exclamó el abogado con exasperación, y continuó: Ya se le conoce que es usted el ladrón! (y para asustarle) ¡Tendrá por lo tanto cinco años de cárcel!

—Béee!, béee!, béee!—prosiguió el de las ovejas, más ruidosamente, acompañando sus validos con ridículas genuflexiones de su rostro, al tiempo que su vista inmóvil se clavaba en el techo.

El Juez comenzó a dudar. Estaba tratando con un loco. Le interrogó varias veces más, con enfado unas, suplicantes, cariñosas otras, y siempre con el mismo resultado. Entonces, como una última tentativa dijo por fin:

—¿Cuántos animales robaste?, gran bribón? Dimelo, ó vas a la cárcel para siempre!

La respuesta y la actitud del detenido fueron las de siempre.

Entonces el magistrado convencido que se las había con un fallo de razón es levantó del asiento diciendo con algún enojo:

—Este debe seguir el camino que va al manicomio y no a la cárcel. Es un irresponsable.

Y dicho y hecho: luego de algunos trámites precisos y de algunas fórmulas necesarias el señor que balaba fué subido en un vapor y conducido a la capital para que después de derramar las sentimentales notas de su garganta en las amplitudes del mar, fuera depositado, como una bolsa de lana, en un edificio muy grande, y muy vigilado, vulgo casa de locos. Y allí, sufriendo las nostalgias del rancho abandonado con sus bellos alrededores; el no cantar de los bichitos de la noche que halagaban sus toscos oídos más que el trino de las aves, y metido en unos salones, ó andando por unos jardines muy amplios con una porción de compañeros disparatadores, quedó el pobre individuo que un día cediera a los malos consejos de su estómago bellaco y gloton, siempre a la vista de una guardia que espiaba todos sus actos.

El nuevo huésped no había cambiado en nada, su actitud, sus manifestaciones ovinas. Al contrario, cada día era más distinto del resto de los humanos para irse confundiendo, progresivamente, con los cuadrúpedos lanudos. Era un caso de mentesimpocosis a la inversa, pues que, en vez de ser el alma del hombre que pasara al animal, sucedía en el caso que la del animal era la que pasaba al hombre, dado que este se había apropiado de todos los sentimientos, de todas las sensaciones de que es capaz un miembro de la familia ovejuna. De mañana, en cuanto el Oriente empezaba a colorarse y a

descorrer la noche sus oscuros tules, dando lugar á que pasaran en desordenado tropel los aún débiles rayos del sol que invadían el espacio, en cuanto asomaba al día, el flameante loco comenzaba á balar alegremente y á correr de un lado para otro brincando, cual en el campo lo haría la madre de un corderito. A las doce, cuando el rey de la luz abrasaba la tierra con sus verticales resplandores, cuando la brisa se ponía cálida, cesaba en sus balidos y, como abrumado por el calor, se tendía á la sombra respirando afanosamente al igual de un carnero que protesta de su lana.

Y cuando de tarde comenzaban los objetos á perder sus relieves, cuando las sombras iban poco envolviéndolo todo, cuando el día comenzaba á agonizar, el enfermo de la mente reanudaba sus balidos, pero entonces tristes, quejumbrosos, suplicantes, como lo hacen las ovejas cuando el sol cae lentamente, como un globo de fuego en el pintado horizonte...

Así pasó dos meses el extraño alienado, hasta que un día, mejor un amanecer, dejó de balar, y se mostró un hombre en sus cabales, sensato en su conversación, correcto en su actitud, intachable en sus proceder; por lo que, al cabo de un corto tiempo al considerarse como un hombre demás en la casa, se le dió puerta franca para que, liando sus petates, fuera á dar con su humanidad donde más le conviniera. Y á donde iba á ir el balador individuo, que no fueran sus pagos? Es claro, para allí rumbió; y allí está actualmente contando á quien le escucha, «que un clavo saca á otro», con lo que quiere decir que él haciéndose el oveja disculpó un robo de ídem.

Se trataba pues de un loco por conveniencia.

R. ALBERTO CENDÓN.

EL HOMBRE Y LA CIENCIA

Es al caer la tarde. Un fugitivo que avanza abrumado por la fatiga, rendido por la dureza de la jornada, desfallecido por una marcha prolongadísima, alcanza á divisar á lo lejos, entre las claridades no definidas del crepúsculo, algo inmenso, enorme, una masa que levantándose de la tierra toca la bóveda del cielo; ¿qué es?... una escarpada montaña, sembrada desde la base á la cumbre de insóndables precipicios, á la que es necesario atravesar para escapar á sus perseguidores.

Llega la noche; transcurre lenta, silenciosa, mostrando con monótona calma el parpadeo incesante de las estrellas; el viajero no duerme, la ansiedad lo devora; y ve destacarse uno á uno los astros en la bóveda del cielo, para verlos después ocultarse, los últimos, eclipsados por las claridades de tintes rosáceos de la alborada.

Empieza el día: el sol arranca effluvios de oro á la floresta; el hosanna de la naturaleza se escucha magestuoso; todo es anuncio incontestable de un hermoso día; el fugitivo ha reanudado su marcha apenas las luces de oriente han razgado el manto de tinieblas de la noche; camina con la vista fija en la montaña, en el coloso que dentro de unos momentos ha de cerrarle el paso; parece que al acercarse á ella, la ve elevarse como para recibir en su helada cumbre los primeros rayos que el Astro-rey envía hacia la tierra; sus músculos no flaquean: sigue adelante, con paso firme, aunque al pensar en el obstáculo que quizá le coloque á merced de sus perseguidores, por su mente cruzan en tropel, rápidas, desordenadas, mil ideas diversas; entonces su espíritu desmaya, experimenta en su alma una sensación de tristeza infinita; es que en esos momentos piensa

cual será su suerte en la montaña que ya está cerca, que ya ve en toda su grandiosa magestad, esa mole le parece infranqueable y que quizá le reserva como tumba las profundidades del siniestro precipicio!...

Y así avanza, inquieto, pero resuelto, á afrontar con serenidad el peligro; el sol dóra el paisaje y hace brillar las gotas de rocío que, como diamantes fulgurán aún entre el verde tapiz del camino...

Ya está al pie de la montaña; no se detiene á dar reposo á su cuerpo; la incertidumbre le domina; vaga de un lado á otro buscando el desfiladero que ha de servirle para franquearla; mas en vano busca; se dirige á otro sitio procurando el sendero salvador é idéntico resultado da fin á sus esfuerzos; camina incierto, desconcertado, anhelante, pero todo igual: parece que aquella deformada masa se dilata para impedir el paso por el lugar hacia el cual el fugitivo se dirige; poco á poco empieza á escalar la cumbre; primero, pendiente suave le permite adelantar; mas, cuando ha alcanzado un punto elevado, cuando cree seguro el tránsito, cuando siente en su espíritu la satisfacción de lograr lo que mucho ha deseado, abrupta roca, irguiéndose avasalladora, le interrumpe su ascenso, como diciéndole «¡atrás!»

Y el infeliz retrocede con las esperanzas muertas, todo le ha parecido un sueño; entonces es cuando el cansancio del cuerpo y del espíritu le hace su presa; se tira sobre el suelo duro, desesperando de no hallar lo que tanto necesita. De pronto se levanta ágil: su desdicha le ha dado nuevas energías; se se lanza otra vez, loco, frenético; es menester atravesar la montaña antes que la noche envuelva al mundo entre los pliegues de su negro tul; de lo contrario todo se habrá perdido.

Inconscientemente, se dirige á un caminito angosto que se abre entre dos rocas escarpadas; ¿adonde lo conducirá? .. lo ignora; pero avanza con fé inmensa, inquebrantable, de que ha de llegar por un lado ú otro al fin que se ha propuesto.

Sigue jadeante, aunque no abatido; se interna más y más entre los escabrosidades de la montaña, y cuando se cree extraviado, cuando la desesperación empieza de nuevo á envolverlo en su fatal sudario, divisa algo que le orienta; á él se dirige resueltamente y al fin llega á la cumbre; de allí distingue claramente la bajada, ... ya tiene la salvación, ... ha triunfado de su perseguidor; de su ojos brotan lágrimas de alegría; su alma murmura una plegaria; ansias febriles lo consumen... Empieza el descenso por la senda salvadora hasta que la fatiga le rinde y cae dormido!...

Esas es la vida: en nuestra peregrinación, en ella, la ignorancia nos persigue; queremos dejarla atrás; pero para ello es menester escalar la montaña de la Ciencia que se interpone como insalvable barrera.

¡Incertidumbres cueles, fatigas inmensas, decepciones amargas, experimentamos al pretender encontrar salida al través de esas montañas que se llaman «Problemas de la Ciencia»; pero no se lucha inútilmente porque en esa brega porfiada siempre hallamos el sendero que se llama «Solución!»....

ARDALIO LUX.

Agosto, 4/1905.

PARA ELLAS

Siluetas

Ella es «hija de los amores luminosos de un genio y una diosa».

De perfecto rostro, hermoseado por abundante y risada cabellera, frente de alabastro y pura, como la cristalina lágrima de un niño, en la que se lee la nobleza de su alma; ojos azules y grandes, cual dos resplandecientes astros, que al mirar agitan los corrazones y turban los sentidos; su boca es un pimpollo de aromático aroma que al abrirse dejara asomar entre dos pétalos de coral, perfectas hileras de pequeñas y blancas perlas. Es su tez una mezcla de púrpura y de rosa. De trato amable pues, no solamente es bella, sino que también es sencilla como la delicada flor que se hiergue hermosa y solitaria en silencioso valle! Poseo gracia que atrae invenciblemente.

En conjunto, es un ángel divino habitador de la tierra y que puede eclipsar con sólo una mirada de sus fascinadores ojos, la radiante luz del Sol. ¡Oh! y yo no sé como detengo ante la hermosura de esta indiana princesa, el deseo de lanzarme sobre ella, aprisionarla entre mis brazos y depositar en su límpida frente un ardiente y apasionado beso, que encierre en sí, todo el amor que por ella siento mi apasionado corazón...

¿Queréis conocerla? pues bien: caminad por la calle que lleva el nombre del memorable día desde el cual data nuestra Constitución, hasta llegar á otra que lleva un nombre largo como un cerro, y allí vereis la rubia de mis encantos!

NOLASSOPE.

Para M....

Ángel de mi vida,
Virgen de mis sueños,
Hada en cuya imagen
Pensando me aduermo.

Cuna de mis múltiples
Esperanzas bellas
Diosa de promesas
Divinas y eternas.

Ilusión dorada
Que de amor me anega
Ensueño de rosa
De mis noches negras.

Celestial acorde.
Vibración excelsa,
Virginal y grata
Poética endecha.

Astro que ilumina
La región etérea
Bólido fosfoico
Que la noche engendra.

Tiene el porte airoso
De una estatua griega
De mirada suave
Y de contornos leves.

En su fondo ocultan
Ardoroso fuego,
Sus divinos ojos
Del color del ébano.

Manan de sus labios
Como excelso ruego,
Sus palabras dulces
Sus acentos tiernos.

Sus pupilas tienen
De la noche al llega.
Sus nocturnas sombras
Sus misterios negros...

Su cabello es ébano
De flotantes hebras,
Sus mejillas rosas
Y sus dientes perlas.

¡Si ella lo supiera
Que en mi pecho albergo
La pasión más pura
Y el amor más tierno!

Que doquier que vaya
Con afán la observo,
Que su voz esencho,
Que sus pasos velo!

Que doquier me encuentre
Su silueta veo,
En la loma, el bosque,
La fuente y el cielo.

Que en mis largas noches
No concilio el sueño,
Y es que son insomnes
Porque en ella pienso.

Cuando cae la tarde
Y el sol muere lánguido,
Tiñendo el Ocaso
Con sus rayos cárdenos.

Un suspiro hondísimo
De mi pecho exalo,
Y ante mí aparecen
Sus perfiles vagos....

Tiene el lindo nombre
De una flor silvestre
Que en los verdes campos
Del país florece,

Y en las suaves tardes
Cuando el sol ya muere.
La colina adorna
Con vistosas redes.

Es graciosa y pura
Y en sus labios lleva
El divino tinte
De las rojas ceibas.

Sus pestañas suaves
Son de negra seda,
Y a la luz impiden
Que sus ojos hiera.

Su frente es tan pura
Cual los frescos nardos.
Y su cuello hermoso
Como el blanco mármol.

¡Si ella no ignorara
La pasión que siento
Que su imagen guardo
Dentro de mi pecho!

Que cuando la tierra
Ni un rumor desprende
Y los astros todos
Soñolientos duermen:

Una visión blanca,
Hacia mí se acerca:
Me acaricia leve
Y después se aleja....

Y en su idioma dulce
Con que el aire puebla,
Me habla con acentos
Que de amor me anegan.

Y al huir más tarde
Reconozco en ella
Su divina imagen
Candorosa y tierna.

Vive en la risueña
ciudad de mi afecto,
Do es la luz más bella
Y es más suave el viento.

Cuna de los ángeles,
Hogar de doncellas,
Mansión de poesía

Que mi patria encierra.

Do el boyero ensaya
Su estudiada endecha,
Y al venir el día
Canta con vehemencia.

La torcaz modula
Sus arrulos blandos
Y el Río Negro entona
Rumorosos salmos.

Dulces barcarolas
Que aduermen el alma,
Melodiosos ecos
Que arroban y halagan.

Es en ti Mercedes,
Cuna de su infancia
Donde alegre al alba
La calandria canta.

Ciudad de mis sueños,
Hada de mi patria,
Nido de ilusiones
De amor y esperanzas.

Seno de las auras
Que cantando pasan...
Piélago de hermosos
Margaritas blancas.

Perfumero inmenso
Que en la tierra se alza
Blanco flor brotada
De entre verdes zarzas.

Amo de tu río
Sus tranquilas aguas,
Y el tapiz florido
De sus verdes faldas.

En su seno hay peces
De dorada sscama,
Y en la orilla el lirio
Su perfume exhala.

Los umbrosos sauces
Entre sí se abrazan
Y a las aguas rozan
Con sus hebras lacias.

Verdes camalotes
Su corriente arrastra,
Cuyas hojas grandes.
Y frescas se enlazan

Formando flotante
Confusa maraña,
De flores y hojas
De troncos y ramas:

Cuando en sus crecientes
Las plantas acuáticas.
Se ligan á arbustos
En verde red amplia.

Hay mies en tus huertos
En tu cielo hay astros.
En tus campos flores
Y en tus bosques pájaros.

Tus preciosas hijas
Todas son sultanas,
Que Amor acaricia
Con sus leves alas....

Brindan sus effluvis
De sin par fragancia
Tus divinas flores
Que mi vista encantan

Gozo de tu aspecto
Cuando estás en calma,
Gozo de tus nubes
Que sonroja el alba:

Del azul purísimo
De tu cielo diáfano
De tus horizontes
De contornos mágicos.

Crecen en tí, flores
De color de gualda,
De zafir, topacio,
De escarlata y grana.

Y en tus bellos montes
Se recrean las garzas
Y se arrullan tierno
Las palomas blancas.

Te amo á tí Mercedes
Hada de mi patria
Porque eres la hermosa
Cuna de su infancia.

Porque eres el seno
De mis esperanzas,
Ensueños, placeres,
Idilicas ansias!

MANUEL PALACIOS.

Campo neutral

Sección AMENA

UNA PASIÓN

Esta adoración comenzó como muchas otras:

El era joven, robusto, de cabellos castaños y ojos azules, ella una graciosa uruguaya de esas que nos seducen los sentidos... y pasaba parte del año en el campo; en la estancia de su padre situada en Paysandú.

Como eran vecinos y sus casitas alcanzaban á divisarse una de la otra por sobre de un bosquecito, pues ambas viviendas estaban situadas sobre unas colinas bastante elevadas; y habiéndose encontrado muchas veces en horas de sus entretenimientos favoritos como ser la caza y la pesca. Primero se contentaron con mirarse, después por saludarse, hasta por fin llegaron á hablarse y adorarse, como sucede en casi todas estas escenas y mas aún en el campo donde uno no tiene más que aquella y que sacando de aquella pocas veces ve otra.

El se presentaba todas las tardes en su hermoso tostado, que bajo sus amplios bajos hacía crujir las matas y las gramíneas y no volvían á sus hogares sino cuando entraba el sol, se adoraban cada uno á su modo; ella era exquisita, insinuante con todos sus adorables caprichos de niña, mezclados con una leve tinta de poesía melancólica; el calmo, pero afectuoso y dulce como buen perso pronto á sacrificarse por cualquier de sus deseos. Pasaron así un año y cuando estaban por efectuarse las nupcias, estalló la guerra con su cortejo de dolores, de angustias y de sangre; esas guerras civiles que por desgracia azotan esta tierra hermosa y querida de sus hijos.

La casualidad quiso que el día que se declaró la guerra; se presenta Pedro por última vez sobre su caballo tostado, y en su fisonomía se reflejaba un gran dolor.

El padre de Blanca lo recibió fríamente: su amistad está rota por los acontecimientos (degracias de partidos!). Habían dejado de ser dos caballeros que se cambiaban sus cortesías para convertirse en enemigos prontos á combatirse. El encuentro fué una tempestad y el padre de Blanca acabó por enfadarse: Ah! es una cosa indigna! Yo no con-

sentiré nunca zentiente? que mi hija sea vnes-
tra esposa.

Pedro salió de la casa aún más pálido, pe-
ro siempre calmoso y sin poder siquiera ver
aquella que unos días más hubiera sido su
esposa.

Partió aquel mismo día á campaña, con una
gran desesperación para tomar el puesto de
capitán entre los soldados de su división;
pensó que todo había concluido que moriría
lejos de ella, que sería sepultado en una
gran fosa, en un lago de sangre y le aso-
maron dos lágrimas á los ojos.

Después recobró nuevamente esa tranqui-
lidad de espíritu, sacó un pañuelo con las ini-
ciales de ella, que meses antes le había re-
galado y se lo colocó dentro del pecho como
si aquello fuese á resguardarle alguna bala.
Era todo lo que le quedaba de su amor. Des-
pués empuñó su espada y se lanzó á sacri-
ficarse por los de su parido. La revuelta
había estallado y tuvo que seguir á los su-
yos de campo en campo y de batalla en
batalla sin que las victorias continuas pudie-
ra consolarlo un instante.

Pensaba que todo eso no podía resarcirlo de
sus esperanzas peadidas y cada día se tor-
naba más triste.

Continuará.

JOSÉ MARIO GONZALEZ.

FOOTBALL

En la tarde del Jueves 3 del presente se reu-
nieron en Asamblea General, los socios del
«Instituto Uruguayo Football Club» con el fin
de proceder á la aprobación de los estatutos
presentados por la Comisión nombrada al efec-
to el mes de Junio ppdo.

Después de haberse discutido en todas sus
partes dichos estatutos fueron aprobados por
unanimidad, procediéndose después á la elec-
ción de la nueva Comisión que dirigirá la na-
ciente sociedad.

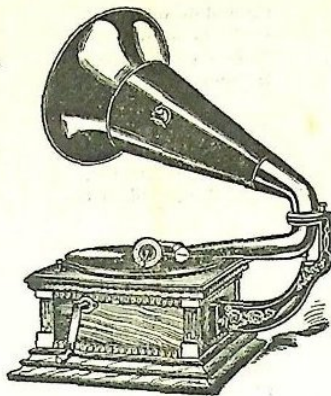
Dicha comisión está formada por los seño-
res Luis A. Zanzi como Presidente Honorario,
José May, Presidente titular; Carlos Bellini,
Vice-Presidente; Luis M. Gil, Secretario; Ma-
nuel Rodríguez Blanco, Pro-secretario; Dáma-
so Uribe, Tesorero; Conrado Gonzalez, Pro-

Tesorero y Juan C. Gonzalez, vocal; eligiéndose
se como suplentes respectivos á los señores
Juan Carlos Gomez Haedo, Rogelio Sosa, Ró-
mulo Vives, Lorenzo Reza, Juan A. Antogna-
zza, Américo Martinez, y Francisco Leonard.

Datos que hemos adquirido nos permiten
asegurar que dentro de breves dias, nues-
tros distinguidos footballers, mostrarán
sus habilidades en un local mucho más cer-
cano que el en que hasta ahora han estado ejer-
citándose, de manera que su nueva cancha se
verá mucho más concurrida que la antigua.

Deseamos sinceramente que continúe en
la senda del progreso este simpático centro.

AVISOS



GRAMÓFONO

OCCIDENTE

LENTES Y ANTEOJOS

Cristales especiales, sueltos de re-
cambio

La casa posee un aparato perfeciona-
do para graduar la vista GRATIS
á los compradores

VARIADO SURTIDO DE ARTICULOS PARA REGALOS

Máquinas fotográficas

ACCESORIOS UTILES PARA LA FOTOGRAFIA
Placas—Papeles—Targetas—Baños, etcétera

Calle Colón 130—Plaza Independencia

NICOLAS REFINO.

Instituto Uruguayo

ESTABLECIMIENTO DE ENSEÑANZA

Elemental, Universitaria y Comercial

HABILITADO POR LA UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA

Director: Luis Alberto Zanzi

El mas antiguo y acreditado del departa-
mento

Calle San José entre 18 de Julio y 25 de Mayo.

BARBERÍA

Ofrezco á mi numerosa y distinguida clientela mi
nueva casa en los ramos de Barbería, Peluque-
ría y Perfumería, que he establecido en la calle
Paysandú esquina Colón, contando para ello con
oficiales reconocidos.

Se sirve á domicilio.

Juan J. Cejas.

ESCRITORIO

DE ALEJ. P. ABELAR

Cobranzas comerciales, alquileres de casas,
arrendamiento de campos, compra y venta de
papel moneda argentino.

Calle Colón 128. Mercedes R. O.

BARRACA DE FORRAJES

Y CEREALES

De Máximo Yates Fleurquin

Calle Montevideo No. 128.

MUSICA

Se ofrece un quinteto compuesto de músi-
cos de la localidad para tocar en cualquier
parte donde se le llame y á un precio muy mo-
derado, pues se trata de elementos amantes
de la diversión.—Entenderse con el maestro
señor Camilo Ledroit.

PELUQUERÍA "LA ALBORADA"

DE

José Scaldaferro

Calle Minas esquina Dolores

MERCEDES, R. O.

JOSÉ CABANELAS

Librería y Papelería

Centro de publicaciones nacionales y extranjeras

TIPOGRAFIA Y TALLER DE ENCUADERNACION

AGENCIA DE LOTERIA

CALLE COLON ESQUINA SAN JOSE

MERCEDES.